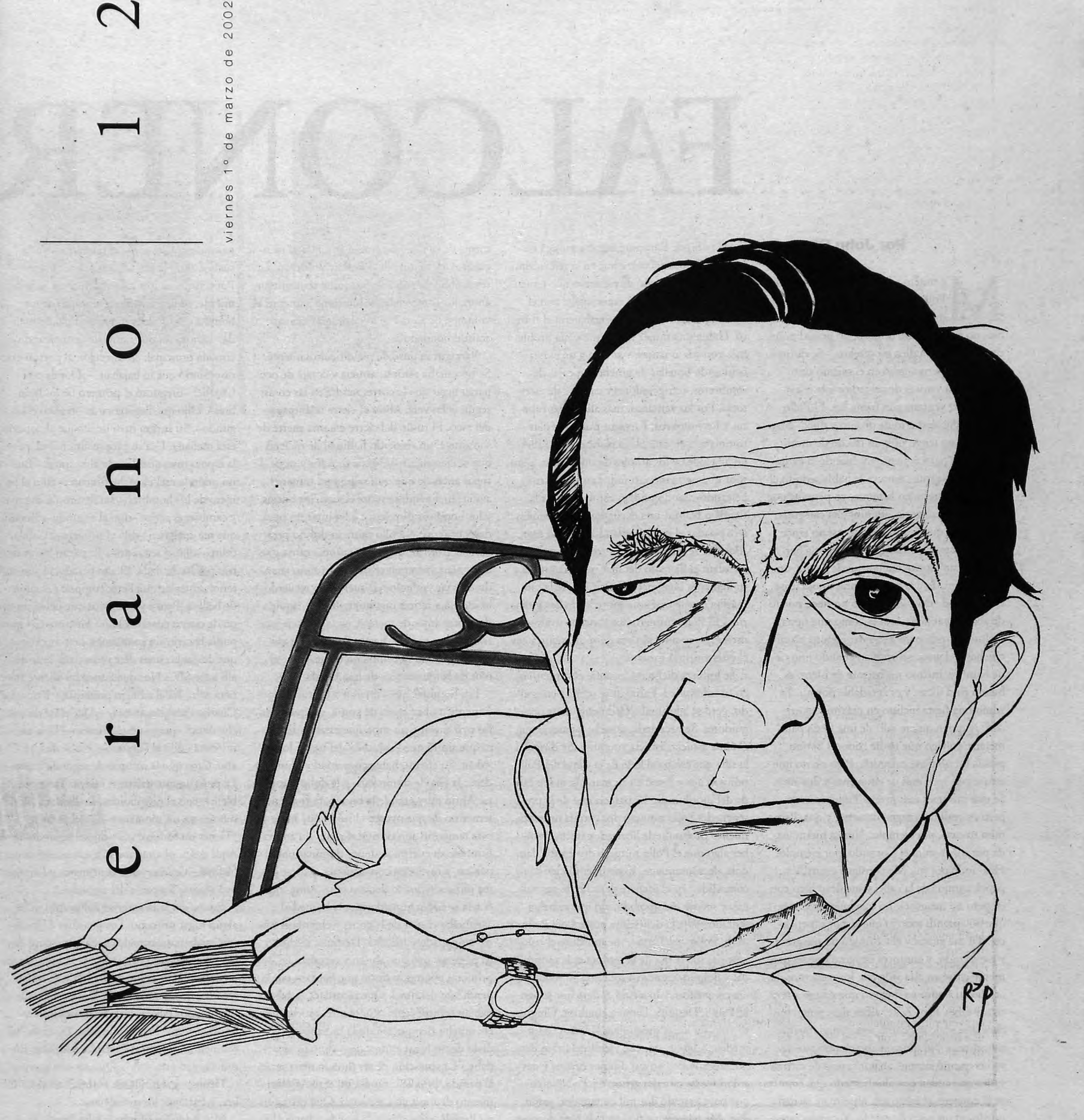


# Fuga y final feliz

Por Rodrigo Fresán

Para 1977, el norteamericano John Cheever era un escritor condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Cheever era prisionero –más allá de ser el autor de tres grandes novelas– *The Wapshot Chronicle, The Wapshot Scandal* y *Bullet Park*– de una estigmática reputación como escritor de grandes cuentos para el semanario *The New Yorker*. Allí habían aparecido obras maestras como "Goodbye, My Brother", "The Swimmer", "The Country Husband"; pero nada de eso era atenuante para su delito: Cheever era culpable de entretener a las masas y seguía siendo considerado un genio de segunda por buena parte de la *intelligentzia*.

Todo eso cambió cuando, ese mismo año, Cheever publicó la novela *Falconer*. Inesperado golpe de timón con el que Cheever cambiaba sus habituales escenarios suburbanos por el de una prisión de máxima seguridad en donde meter y narrar al fratricida accidental Ezequiel Farragut, preso N. 734-508-32.

La crítica y los lectores de Cheever quedaron primero sorprendidos y enseguida maravillados: *Falconer* no sólo era una nueva atendible posibilidad a la hora de la tan mentada Gran Novela Americana sino que, además, era lo más poderoso que había escrito Cheever hasta la fecha.

Ahí estaban –ahí volvían a estar– los deslumbrantes relámpagos líricos, los truenos ensordecedores de una pasmosa pericia para el trazado de personajes y la lluvia reparadora como refrescante epifanía que todo lo cura.

La novela, además, tenía una historia secreta: el infierno de Farragut no era otra cosa que el reflejo simbólico del infierno de Cheever procurando huir del alcoholismo, la adicción a las pastillas, la culpa por una bisexualidad rampante y la desesperación por saberse en un extremo del puente hacia la consagración y no estar del todo seguro de si lo que tenía ganas era de cruzarlo o de arrojarse al abismo.

Así, la escritura de *Falconer* fue organizada como una suerte de terapia sin un final seguro porque Cheever no sabía cómo iba a terminar Farragut y mucho menos cómo iba a terminar él.

Digámoslo de una vez: el final descaradamente feliz de *Falconer* –que le guiña el ojo a otro fugitivo y a otra fuga, a la del *El conde de Montecristo*– es uno de los finales más emocionantes y felices de la historia de la literatura.

En una entrevista, Cheever contó que cuando escribía las últimas páginas, salió corriendo de su estudio y gritando "¡Se escapa! ¡Farragut se escapa!".

Y así, con un prisionero en la más eufórica de las libertades, termina este suplemento cuyas intenciones fueron el recuerdo de grandes fugas hacia adentro de grandes libros o, mejor todavía, el regalar los planos infalibles para salir de aquí y entrar en ellos por primera vez.

Regocijémonos, regocijémonos... y hasta el **Verano/12** que viene.

# FALCONER

**Por John Cheever**

Me muero, Zeke, me muero –dijo el Pollo número dos–. Siento que me muero, pero no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro. –Se durmió.

Farragut permaneció en el mismo sitio. Oía música y voces de las radios y la televisión. En la ventana aún había luz. El Pollo número dos despertó de pronto y dijo: –Mira, Zeke, no tengo ningún miedo de morir. Sé que eso parece mentira y cuando la gente solía decirme que como ya le había sentido el gusto a la muerte no la temía, yo pensaba que hablaba sin categoría, sin ninguna categoría. Me parecía que si uno hablaba así no tenía clase, era como pensar que uno se veía hermoso en un espejo; esa porquería de que uno no tiene miedo a la muerte indica poca clase. Cómo puede decirse que uno no tiene miedo de abandonar la fiesta si es como una fiesta, incluso cuando parece jodida; incluso las salchichas y el arroz saben bien cuando uno tiene hambre, incluso un barrote de hierro es bueno para tocar, y es agradable dormir. Es como una fiesta incluso en máxima seguridad, ¿y quién quiere salir de una fiesta para meterse en algo que nadie conoce? Si uno piensa así no tiene categoría. Pero siento que estuve por aquí más de cincuenta y dos años. Sé que me crees más joven. Todos lo creen, pero en realidad tengo cincuenta y dos. Pero mira tu caso, por ejemplo. Nunca hiciste nada por mí. Y mira el Cornudo, por ejemplo. Hizo todo por mí. Me consigue cigarrillos, papel, comida de la calle, y me llevo bien con él, pero no me gusta. Lo que quiero decir es que no aprendí todo lo que sé por experiencia. Tú me gustas y el Cornudo no me gusta, y eso es todo, y entonces imagino que seguramente entré en esta vida con los recuerdos de otra vida, y entonces seguro que pasaré a otra cosa y sabes algo, Zeke, sabes algo, tengo muchos deseos de ver cómo será, tengo muchísimos deseos. No quiero hablar como esos rayados que no tienen categoría, uno de esos rayados que andan por ahí diciendo que como ya le conocen el gusto a la muerte no tienen miedo, ni un poco de miedo. Yo tengo categoría. Quiero decir que si ahora mismo, ahora mismo me sacaran de aquí y me pusieran frente a un pelotón de fusilamiento saldría riéndome, y no quiero decir una risa amarga o triste, quiero decir una auténtica risa. Iría allí y bailaría con mucha elegancia, y con suerte tendría una buena erección, y después, cuando oyeran la orden de fuego yo abriría los brazos para que no se perdiese una sola bala, para aprovechar bien los tiros, y después caería, pero caería un hombre muy feliz porque estoy sumamente interesado en saber qué vendrá después. Estoy muy interesado en saber qué vendrá después.

Aún había un poco de luz en la ventana. De la radio de Ransome llegaba música bailable, y al final del corredor, en la televisión, podía ver a un grupo de personas que tenían problemas. Un viejo se embriagaba con el pasado. Un joven se embriagaba con el futuro. Había una mujer joven que tenía problemas con sus amantes, y se veía a una vieja ocultando botellas de ginebra en cajas de sombreros, refrigeradores y cajones de escritorio. Por las ventanas, más allá de las cabezas y los hombros, Farragut pudo ver olas rompiendo en una playa blanca, y las calles de una aldea y los árboles de un bosque, pero ¿por qué permanecían todos en un cuarto, peleando cuando podían caminar hacia la tienda o realizar una excursión a los bosques o ir a nadar al mar? Podían hacer todo esto. ¿Por qué se quedaban adentro? ¿Por qué no atendían el llamado del mar, y Farragut oía a su llamado, imaginaba la claridad de la sal marina que se extendía sobre los bellos guijarros? El Pollo número dos roncaba ruidosamente, su respiración era gutural, o quizá era el estertor de la muerte.

Se hubiera dicho un instante conspirativo en su intensidad. Farragut se sentía perseguido, pero se adelantaba fácilmente a sus perseguidores. Se necesitaba astucia; y parecía que él tenía astucia, astucia y ternura. Se dirigió a la silla que estaba al lado de la cama del Pollo número dos y tomó en su mano la mano cálida del moribundo. Le parecía que de la presencia del Pollo número dos extraía un sentimiento profundo de libertad; parecía absorber algo que el Pollo número dos estaba dándole afectuosamente. Experimentó cierta incomodidad en el cachete derecho de sus nalgas, y medio incorporado, vio que se había sentado sobre la dentadura postiza del Pollo. –Oh, Pollo –exclamó–, me mordiste el culo. –Su risa fue la risa de la ternura más profunda, y después empezó a sollozar. Su sollozo era convulsivo, y lo siguió, y dejó que se agotara solo. Después, llamó a chiquito. Chiquito vino sin hacer preguntas. –Llamaré a un médico –dijo. Entonces, viendo el brazo desnudo del Pollo con sus dibujos densos y descoloridos de tatuajes grises, dijo: –No creo que haya gastado dos mil en tatuajes, como dijo. Me parece que fueron más bien doscientos. Estranguló a una vieja. Ella tenía ochenta y dos dólares en un jarrón. –Después se marchó. La luz de la ventana se había extinguido. La música bailable y los malentendidos de la televisión continuaban sin pausa.

El médico llegó y tenía puesto el mismo sombrero que usaba cuando los revisó, durante la revolución. Su aspecto era de suciedad, como antes. –Avise a la dirección –dijo a Chiquito–. No podemos trasladar fiambres hasta las veintidós horas –dijo Chiquito–. Es el reglamento. –Bueno, en ese caso avise después. No fermentará. Es puro hueso. –Salieron, y después Verónica y otro enfermero entraron con un armazón de metal liviano en forma de canoa, que contenía un largo saco oscuro. Metieron allí al Pollo y se fueron. La televisión y la radio de Ransome transmitían anuncios comerciales, y Ransome aumentó el volumen de su radio, lo cual quizá era una actitud bondadosa.

Farragut se puso de pie dificultosamente. Se necesitaba astucia; astucia y coraje de ocupar el lugar que le correspondía en las cosas, según él las veía. Abrió el cierre relámpago del saco. El ruido del cierre era una suerte de sonsonete, un recuerdo habitual de maletas que se cierran, artículos de tocador y sacos de ropas antes de que uno salga para tomar el avión. Inclinándose sobre el saco, los brazos y los hombros dispuestos a levantar un peso, descubrió que el Pollo número dos no pesaba. Depositó al Pollo en su propia cama y se disponía a entrar en el saco mortuorio cuando un azar, un golpe de suerte, un recuerdo lo indujo a retirar una hojita de su máquina de afeitar antes de meterse en la mortaja y cerrarla sobre su cara. Estaba muy encerrado, pero el olor de su tumba no era más que el olor de la tela; el olor de una tienda.

Los hombres que vinieron a buscarlo seguramente usaban suela de goma, porque él no los oyó entrar y no supo que estaban allí hasta que sintió que lo alzaban del piso y lo llevaban. Su aliento había comenzado a humedecer la tela de su mortaja, y le dolía la cabeza. Abrió muy grande la boca para respirar, temeroso de que oyesen el ruido que hacía y más temeroso aún de que el estúpido animalismo de su cuerpo se dejase dominar por el pánico, y cayese en convulsiones, y diese gritos pidiendo que lo dejasen salir. Ahora que la tela se había humedecido, la humedad acentuaba el olor de la goma y él tenía el rostro empapado y jadeaba. Después, se calmó su pánico y oyó que abrían y cerraban las dos primeras puertas, y sintió que bajaban por la pendiente del túnel. Que recordara, jamás lo habían transportado. (Su madre, muerta hacía mucho tiempo, sin duda lo había trasladado de un lugar a otro, pero él no lo recordaba.) La sensación de ser llevado pertenecía al pasado, pues le infundía un extraño sentimiento de inocencia y pureza. Qué extraño ser llevado a esa altura de la vida y hacia algo que él no conocía realmente, según parecía librado de su propia crudeza erótica, de su desdén superficial y su risa dolorida –no un hecho, sino una posibilidad, algo parecido a la luz vespertina en las copas de los árboles, algo inútil y conmovedor–. Qué extraño estar vivo y ser adulto, y que a uno lo llevasen.

Sintió que el terreno se nivelaba en la base del túnel, cerca de la entrada de los proveedores, y oyó que el guardia del puesto número 8 decía: –Otro indio mordió el polvo. ¿Qué se hace con estos Sin Parientes Conocidos? –Cuesta poco quemar a los SPC –dijo uno de los hombres–. Farragut oyó abrirse y cerrarse los últimos barrotes de la prisión, y sintió los pasos desiguales sobre el sendero. –No lo sueltes, por Cristo –dijo el primer hombre–. Por Cristo, no lo sueltes. –Mira esa luna de mierda, ¿quieres? –dijo el segundo de los hombres–. ¿Quieres mirar esa luna de mierda? –Ahora sin duda estaban franqueando la entrada principal, en dirección al portón exterior. Sintió que lo bajaban. –¿Dónde está Charlie? –preguntó el primero de los hombres–. Dijo que llegaría tarde –replicó el segundo–. Su suegra tuvo un ataque al corazón esta mañana. Usa su propio automóvil, pero la esposa tuvo que llevarla al hospital. –Bueno, ¿dónde está el coche fúnebre? –dijo el primero de los hombres–. Lo llevaron a engrasar y cambiar el aceite –dijo el segundo–. Bueno, que me cuelguen –dijo el primero–. Calma, calma –dijo el segundo–. Te pagan horas extras por hacer nada. El año pasado, el año anterior, antes de que Peter comprara el salón de belleza, Pete y yo tuvimos que llevar un tipo de ciento cuarenta kilos. Siempre creí que podía hacerlo sin problemas, pero tuvimos que descansar unas diez veces para sacar de allí a ese SPC. Nos quedamos sin aliento. Espera aquí. Iré al edificio principal, y llamaré a Charlie a ver dónde está. –¿Qué clase de coche tiene? –preguntó el primero–. Una camioneta –dijo el segundo–. No sé de qué año. Creo que la compró de segunda mano. Le puso un guardabarros nuevo. Tuvo problemas con el distribuidor. Lo llamaré. –Un momento, un momento -dijo el primero–. ¿Tienes un fósforo? –Sí –dijo el segundo–. Aquí están. –Farragut oyó que encendían un fósforo. –Gracias –dijo el primero, y Farragut oyó alejarse los pasos del segundo.

Estaba del lado exterior del portón, o en algún lugar próximo. Los guardias de las torres estaban desarmados a esa hora, pero debía tener cuidado con la luz de la luna. Su vida dependía de la luz de la luna y de un automóvil de segunda mano. Era posible que el distribuidor fallara, que el carburador desbordase, y que fuesen juntos en busca de herramientas, mientras Farragut escapaba. Entonces, oyó otra voz: –¿Quieres una cerveza? –¿Tienes? –preguntó sin entusiasmo el hombre, y Farragut los oyó alejarse.

Moviendo los hombros y los brazos tocó los puntos de resistencia de su mortaja. La trama de la tela estaba reforzada con caucho. El extremo superior de la mortaja estaba sostenida por alambre grueso. Extrajo del bolsillo la hojita de afeitar y comenzó a cortar, paralelamente al cierre. La hoja penetraba en la tela, pero lo hacía lentamente. Necesitaba tiempo, pero no anhelaba tiempo, ni ninguna otra cosa. Se conformaba con la fuerza de amor, una presencia que sentía como los comienzos de una escalera. La hoja de afeitar cayó de sus dedos, sobre su camisa, y con un sacudón aterrorizado, convulsivo y torpe hizo que la hoja se deslizase hacia el fondo del saco. Entonces, buscándola desesperado, se

# FALCONER







**Por John Cheever**

Me muero, Zeke, me muero –dijo el Pollo número dos–. Siento que me muero, pero no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro, no perjudica mi cerebro. –Se durmió.

Farragut permaneció en el mismo sitio. Oía música y voces de las radios y la televisión. En la ventana aún había luz. El Pollo número dos despertó de pronto y dijo: –Mira, Zeke, no tengo ningún miedo de morir. Sé que eso parece mentira y cuando la gente solía decirme que como ya le había sentido el gusto a la muerte no la temía, yo pensaba que hablaba sin categoría, sin ninguna categoría. Me parecía que si uno hablaba así no tenía clase, era como pensar que uno se veía hermoso en un espejo; esa porquería de que uno no tiene miedo a la muerte indica poca clase. Cómo puede decirse que uno no tiene miedo de abandonar la fiesta si es como una fiesta, incluso cuando parece jodida; incluso las salchichas y el arroz saben bien cuando uno tiene hambre, incluso un barrote de hierro es bueno para tocar, y es agradable dormir. Es como una fiesta incluso en máxima seguridad, ¿y quién quiere salir de una fiesta para meterse en algo que nadie conoce? Si uno piensa así no tiene categoría. Pero siento que estuve por aquí más de cincuenta y dos años. Sé que me crees más joven. Todos lo creen, pero en realidad tengo cincuenta y dos. Pero mira tu caso, por ejemplo. Nunca hiciste nada por mí. Y mira el Cornudo, por ejemplo. Hizo todo por mí. Me consigue cigarrillos, papel, comida de la calle, y me llevo bien con él, pero no me gusta. Lo que quiero decir es que no aprendí todo lo que sé por experiencia. Tú me gustas y el Cornudo no me gusta, y eso es todo, y entonces imagino que seguramente entré en esta vida con los recuerdos de otra vida, y entonces seguro que pasaré a otra cosa y sabes algo, Zeke, sabes algo, tengo muchos deseos de ver cómo será, tengo muchísimos deseos. No quiero hablar como esos rayados que no tienen categoría, uno de esos rayados que andan por ahí diciendo que como ya le conocen el gusto a la muerte no tienen miedo, ni un poco de miedo. Yo tengo categoría. Quiero decir que si ahora mismo, ahora mismo me sacaran de aquí y me pusieran frente a un pelotón de fusilamiento saldría riéndome, y no quiero decir una risa amarga o triste, quiero decir una auténtica risa. Iría allí y bailaría con mucha elegancia, y con suerte tendría una buena erección, y después, cuando oyeran la orden de fuego yo abriría los brazos para que no se perdiese una sola bala, para aprovechar bien los tiros, y después caería, pero caería un hombre muy feliz porque estoy sumamente interesado en saber qué vendrá después. Estoy muy interesado en saber qué vendrá después.

Aún había un poco de luz en la ventana. De la radio de Ransome llegaba música bailable, y al final del corredor, en la televisión, podía ver a un grupo de personas que tenían problemas. Un viejo se embriagaba con el pasado. Un joven se embriagaba con el futuro. Había una mujer joven que tenía problemas con sus amantes, y se veía a una vieja ocultando botellas de ginebra en cajas de sombreros, refrigeradores y cajones de escritorio. Por las ventanas, más allá de las cabezas y los hombros, Farragut pudo ver olas rompiendo en una playa blanca, y las calles de una aldea y los árboles de un bosque, pero ¿por qué permanecían todos en un cuarto, peleando cuando podían caminar hacia la tienda o realizar una excursión a los bosques o ir a nadar al mar? Podían hacer todo esto. ¿Por qué se quedaban adentro? ¿Por qué no atendían el llamado del mar, y Farragut oía a su llamado, imaginaba la claridad de la sal marina que se extendía sobre los bellos guijarros? El Pollo número dos roncaba ruidosamente, su respiración era gutural, o quizá era el estertor de la muerte.

Se hubiera dicho un instante conspirativo en su intensidad. Farragut se sentía perseguido, pero se adelantaba fácilmente a sus perseguidores. Se necesitaba astucia; y parecía que él tenía astucia, astucia y ternura. Se dirigió a la silla que estaba al lado de la cama del Pollo número dos y tomó en su mano la mano cálida del moribundo. Le parecía que de la presencia del Pollo número dos extraía un sentimiento profundo de libertad; parecía absorber algo que el Pollo número dos estaba dándole afectuosamente. Experimentó cierta incomodidad en el cachete derecho de sus nalgas, y medio incorporado, vio que se había sentado sobre la dentadura postiza del Pollo. –Oh, Pollo –exclamó–, me mordiste el culo. –Su risa fue la risa de la ternura más profunda, y después empezó a sollozar. Su sollozo era convulsivo, y lo siguió, y dejó que se agotara solo. Después, llamó a chiquito. Chiquito vino sin hacer preguntas. –Llamaré a un médico –dijo. Entonces, viendo el brazo desnudo del Pollo con sus dibujos densos y descoloridos de tatuajes grises, dijo: –No creo que haya gastado dos mil en tatuajes, como dijo. Me parece que fueron más bien doscientos. Estranguló a una vieja. Ella tenía ochenta y dos dólares en un jarrón. –Después se marchó. La luz de la ventana se había extinguido. La música bailable y los malentendidos de la televisión continuaban sin pausa.

El médico llegó y tenía puesto el mismo sombrero que usaba cuando los revisó, durante la revolución. Su aspecto era de suciedad, como antes. –Avise a la dirección –dijo a Chiquito–. No podemos trasladar fiambres hasta las veintidós horas –dijo Chiquito–. Es el reglamento. –Bueno, en ese caso avise después. No fermentará. Es puro hueso. –Salieron, y después Verónica y otro enfermero entraron con un armazón de metal liviano en forma de canoa, que contenía un largo saco oscuro. Metieron allí al Pollo y se fueron. La televisión y la radio de Ransome transmitían anuncios comerciales, y Ransome aumentó el volumen de su radio, lo cual quizá era una actitud bondadosa.

Farragut se puso de pie dificultosamente. Se necesitaba astucia; astucia y coraje de ocupar el lugar que le correspondía en las cosas, según él las veía. Abrió el cierre relámpago del saco. El ruido del cierre era una suerte de sonsonete, un recuerdo habitual de maletas que se cierran, artículos de tocador y sacos de ropas antes de que uno salga para tomar el avión. Inclinándose sobre el saco, los brazos y los hombros dispuestos a levantar un peso, descubrió que el Pollo número dos no pesaba. Depositó al Pollo en su propia cama y se disponía a entrar en el saco mortuorio cuando un azar, un golpe de suerte, un recuerdo lo indujo a retirar una hojita de su máquina de afeitar antes de meterse en la mortaja y cerrarla sobre su cara. Estaba muy encerrado, pero el olor de su tumba no era más que el olor de la tela; el olor de una tienda.

Los hombres que vinieron a buscarlo seguramente usaban suela de goma, porque él no los oyó entrar y no supo que estaban allí hasta que sintió que lo alzaban del piso y lo llevaban. Su aliento había comenzado a humedecer la tela de su mortaja, y le dolía la cabeza. Abrió muy grande la boca para respirar, temeroso de que oyesen el ruido que hacía y más temeroso aún de que el estúpido animalismo de su cuerpo se dejase dominar por el pánico, y cayese en convulsiones, y diese gritos pidiendo que lo dejasen salir. Ahora que la tela se había humedecido, la humedad acentuaba el olor de la goma y él tenía el rostro empapado y jadeaba. Después, se calmó su pánico y oyó que abrían y cerraban las dos primeras puertas, y sintió que bajaban por la pendiente del túnel. Que recordara, jamás lo habían transportado. (Su madre, muerta hacía mucho tiempo, sin duda lo había trasladado de un lugar a otro, pero él no lo recordaba.) La sensación de ser llevado pertenecía al pasado, pues le infundía un extraño sentimiento de inocencia y pureza. Qué extraño ser llevado a esa altura de la vida y hacia algo que él no conocía realmente, según parecía librado de su propia crudeza erótica, de su desdén superficial y su risa dolorida –no un hecho, sino una posibilidad, algo parecido a la luz vespertina en las copas de los árboles, algo inútil y conmovedor–. Qué extraño estar vivo y ser adulto, y que a uno lo llevasen.

Sintió que el terreno se nivelaba en la base del túnel, cerca de la entrada de los proveedores, y oyó que el guardia del puesto número 8 decía: –Otro indio mordió el polvo. ¿Qué se hace con estos Sin Parientes Conocidos? –Cuesta poco quemar a los SPC –dijo uno de los hombres–. Farragut oyó abrirse y cerrarse los últimos barrotes de la prisión, y sintió los pasos desiguales sobre el sendero. –No lo sueltes, por Cristo –dijo el primer hombre–. Por Cristo, no lo sueltes. –Mira esa luna de mierda, ¿quieres? –dijo el segundo de los hombres–. ¿Quieres mirar esa luna de mierda? –Ahora sin duda estaban franqueando la entrada principal, en dirección al portón exterior. Sintió que lo bajaban. –¿Dónde está Charlie? –preguntó el primero de los hombres–. Dijo que llegaría tarde –replicó el segundo–. Su suegra tuvo un ataque al corazón esta mañana. Usa su propio automóvil, pero la esposa tuvo que llevarla al hospital. –Bueno, ¿dónde está el coche fúnebre? –dijo el primero de los hombres–. Lo llevaron a engrasar y cambiar el aceite –dijo el segundo–. Bueno, que me cuelguen –dijo el primero–. Calma, calma –dijo el segundo–. Te pagan horas extras por hacer nada. El año pasado, el año anterior, antes de que Peter comprara el salón de belleza, Pete y yo tuvimos que llevar un tipo de ciento cuarenta kilos. Siempre creí que podía hacerlo sin problemas, pero tuvimos que descansar unas diez veces para sacar de allí a ese SPC. Nos quedamos sin aliento. Espera aquí. Iré al edificio principal, y llamaré a Charlie a ver dónde está. –¿Qué clase de coche tiene? –preguntó el primero–. Una camioneta –dijo el segundo–. No sé de qué año. Creo que la compró de segunda mano. Le puso un guardabarros nuevo. Tuvo problemas con el distribuidor. Lo llamaré. –Un momento, un momento -dijo el primero–. ¿Tienes un fósforo? –Sí –dijo el segundo–. Aquí están. –Farragut oyó que encendían un fósforo. –Gracias –dijo el primero, y Farragut oyó alejarse los pasos del segundo.

Estaba del lado exterior del portón, o en algún lugar próximo. Los guardias de las torres estaban desarmados a esa hora, pero debía tener cuidado con la luz de la luna. Su vida dependía de la luz de la luna y de un automóvil de segunda mano. Era posible que el distribuidor fallara, que el carburador desbordase, y que fuesen juntos en busca de herramientas, mientras Farragut escapaba. Entonces, oyó otra voz: –¿Quieres una cerveza? –¿Tienes? –preguntó sin entusiasmo el hombre, y Farragut los oyó alejarse.

Moviendo los hombros y los brazos tocó los puntos de resistencia de su mortaja. La trama de la tela estaba reforzada con caucho. El extremo superior de la mortaja estaba sostenida por alambre grueso. Extrajo del bolsillo la hojita de afeitar y comenzó a cortar, paralelamente al cierre. La hoja penetraba en la tela, pero lo hacía lentamente. Necesitaba tiempo, pero no anhelaba tiempo, ni ninguna otra cosa. Se conformaba con la fuerza de amor, una presencia que sentía como los comienzos de una escalera. La hoja de afeitar cayó de sus dedos, sobre su camisa, y con un sacudón aterrorizado, convulsivo y torpe hizo que la hoja se deslizase hacia el fondo del saco. Entonces, buscándola desesperado, se cortó los dedos, los pantalones y el muslo. Se palmeó el muslo, y sintió la humedad de la sangre, pero parecía que eso le había ocurrido a otra persona. Con la hoja húmeda entre los dedos, continuó cortando las paredes de su encierro. Una vez liberadas las rodillas, las levantó, retiró la cabeza y los hombros del cabezal de la mortaja, y salió de su tumba. Las nubes ocultaban la luz de la luna. Vio a dos hombres en las ventanas de una torre de vigilancia. Uno de ellos bebía de una lata. Cerca del lugar donde lo habían depositado se alzaba una pila de piedras, y tratando de determinar cuál sería su peso en piedras comenzó a llenar con ellas la mortaja, de modo que los hombres arrojaran piedras al fuego. Se limitó a salir caminando por el portón, y se encontró en una calle estrecha, en la cual la mayoría de los habitantes sin duda era gente pobre, y la mayoría de las casas estaba a oscuras.

Adelantaba primero un pie y después el otro. Así era el asunto. Las calles estaban muy iluminadas, porque era ese período de nuestra historia en que uno podía leer letra pequeña de un libro de rezos en cualquiera de las calles habitadas por los pobres. Esta luz escrupulosa estaba destinada a eliminar a los violadores, los asaltantes y los hombres dispuestos a estrangular a ancianas de ochenta y dos años. La luz intensa y la sombra oscura que él formaba no lo alarmaron, y tampoco lo alarmó la posibilidad de que lo persiguieran y capturasen, pero lo que en efecto lo intimidó fue la posibilidad de que un movimiento histórico de su propio cerebro le paralizara las piernas. Adelantaba primero un pie y después el otro. Tenía el pie mojado de sangre, pero no le importaba. Admiró la uniforme oscuridad de las casas. No había luces encendidas –no estaban las luces de la enfermedad, la inquietud o el amor– ni siquiera esas luces tenues encendidas por los niños o por su comprensible temor a la oscuridad. Entonces, oyó un piano. A esa hora de la noche no podía haber sido un niño, pero los dedos parecían duros y torpes, y así supuso que era una persona anciana. La música parecía la pieza de un principiante –un sencillo minueto o una canción fúnebre anotados en un pedazo sucio y manoseado de papel pentagramado– pero el ejecutante era alguien que podía leer música en la oscuridad, porque la casa de donde venía la música estaba a oscuras.

Las paredes de los edificios cedieron el sitio a dos lotes vacíos, donde se habían demolido las casas, y el terreno se utilizaba como basural, a pesar de los carteles que decían NO ARROJAR BASURAS Y EN VENTA. Vio un lavarropas de tres patas, y la cáscara vacía de un automóvil. Su reacción frente a esta imagen fue profunda e intuitiva, como si el montón de desechos hubiera sido un recordatorio de su país espectral. Inhaló profundamente el aire del basural, pese a que no era más que la acritud de un fuego extinguido. Si hubiese alzado la cabeza, habría visto el movimiento veloz y confuso de las nubes que pasaban rápidamente cubriendo la faz de una luna casi llena, con una agitación tan caótica y nerviosa que podrían haberle recordado, en su estado de ánimo, no un conjunto de hordas en fuga, sino tropeles y grupos que se adelantan, un ejército más veloz que belicoso, un regimiento retrasado. Pero nada vio de lo que ocurría en el cielo, porque el temor de caer mantenía sus ojos fijos en el pavimento, y en todo caso allá arriba no podía verse nada que fuese útil.

Luego, a cierta distancia al frente y a la derecha, vio un rectángulo de luz blanca y pura, y comprendió que tenía la fuerza necesaria para llegar allí, pese a que ahora la sangre en su botín hacía ruido. Era un lavadero automático. Tres hombres y dos mujeres de diferentes edades y colores esperaban su turno. Las portezuelas de la mayoría de las máquinas estaban abiertas, como la puerta de un horno. Enfrente, los ojos de buey de los secarropas, y en dos de estas máquinas pudo ver ropas que se movían y caían, caían siempre según parecía caían descuidadamente, como caen las almas o los ángeles si es que la caída de éstos ha sido alguna vez descuidada. Permaneció de pie frente a la vidriera, el convicto fugado y ensangrentado, mirando a los desconocidos que esperan el lavado de sus ropas. Una de las mujeres advirtió su presencia y se acercó a la vidriera para verlo mejor, pero él comprobó complacido que su apariencia no la alarmaba, y cuando ella se aseguró de que él no era un amigo, se volvió para regresar a su máquina. En una esquina distante, bajo un farol callejero, vio a otro hombre. Podía ser un agente del Departamento Correccional, o si su suerte llegaba a ese extremo podía tratarse de un agente del cielo. A cierta altura sobre la cabeza del desconocido un anuncio que decía: PARADA DE ÓMNIBUS. PROHIBIDO ESTACIONAR. El desconocido olía a whisky, y a sus pies tenía una maleta, y sobre éstas, ropas con sus perchas, un calefactor eléctrico con un plato dorado que tenía la forma del sol, y un yelmo celeste de motociclista. Era un individuo absolutamente sin importancia, comenzando por los cabellos lacios, el rostro irregular, el cuerpo enjuto y desproporcionado, y el aliento alcohólico. –Hola –dijo–. Aquí tiene frente a usted a un hombre desalojado. Esto no es todo lo que poseo en el mundo. Estoy haciendo mi tercer viaje. Me mudo a casa de mi hermana hasta que pueda encontrar otro lugar. A esta hora de la noche es imposible obtener nada. No me echaron porque no haya pagado el alquiler. Tengo dinero. No necesito preocuparme del dinero. Tengo dinero, y mucho. Me expulsaron por mi condición de ser humano, ésa es la razón. Hago ruidos como cualquier ser humano. Cierro puertas. A veces toso en la noche, y de tanto en tanto viene un amigo, a veces canto, a veces silbo, a veces practico yoga, y como soy humano y hago un poco de ruido, un ruidito humano subiendo y bajando la escalera, me echan. Amenazo la paz.

–Eso es terrible –dijo Farragut.

–Ha dado en el clavo –dijo el desconocido–, ha dado exactamente en el clavo. La dueña de mi casa es una de esas viudas, viejas y malolientes, son viudas, aunque tengan un marido que bebe cerveza en la cocina, una de esas viudas viejas y malolientes que no pueden soportar la vida, no importa cuál sea su forma, su estilo o su aroma. Me expulsa porque soy un hombre lleno de vida y salud. Esto no es todo lo que poseo, qué esperanza. Llevé mi televisor en el primer viaje. Tengo una verdadera belleza. Lo compré hace cuatro años, televisión en colores, pero la vez que apareció un poco de blanco y pedí los servicios del técnico, él me dijo que nunca, nunca cambie ese televisor por otro nuevo. Dijo que ya no los hacían más de tanta calidad. Eliminó el blanco y me cobró solamente dos dólares. Dijo que era un placer trabajar en un artefacto como el mío. Ahora, lo tengo en casa de mi hermana. Cristo, odio a mi hermana y ella me odia con todo su corazón, pero pasaré allí la noche y mañana encontraré un buen lugar. Hay algunos sitios excelentes en el barrio Sur, casas con vista al río. Si encontrara algo bueno, ¿no querría compartirlo conmigo?

–Tal vez –dijo Farragut.

–Bueno, aquí tiene mi tarjeta. Llámeme, si le parece. Me gusta su cara. Adivino que usted tiene un notable sentido del humor. Estoy de diez a cuatro. A veces llego un poco más tarde, pero no salgo a almorzar. No me llame a lo de mi hermana. Me odia con todo su corazón. Aquí está nuestro ómnibus.

El ómnibus iluminado intensamente transportaba el mismo tipo y número de personas –por lo que él sabía, las mismas personas– que él había visto en la lavandería. Farragut levantó el calefactor y el casco de motociclista y el desconocido se adelantó con la maleta y las ropas. –Lo invito –dijo por encima del hombro, y pagó el billete de Farragut. Ocupó el tercer asiento de la izquierda, al lado de la ventana, y dijo a Farragut: –Tome asiento, siéntese aquí –Farragut aceptó–. En el mundo hay toda clase de gente, ¿verdad? –continuó diciendo–. Imagínese, dijo que yo era una persona desordenada sólo porque canto y silbo y de noche hago un poco de ruido cuando subo y bajo la escalera. Imagínese. Eh, está lloviendo –exclamó, y señaló las rayas blancas en la ventana–. Eh, está lloviendo, y usted no tiene impermeable. Pero aquí yo tengo uno, tengo este impermeable y creo que le vendrá bien. Espere un momento. –De entre las ropas extrajo un impermeable–. Vamos, pruébeselo.

–Usted lo necesita –fijo Farragut.

–No, no, pruébeselo. Tengo tres impermeables. Estoy yendo de un lado para el otro, no pierdo cosas, las acumulo, y ya tengo un impermeable encasa de mi hermana, y otro en la habitación perdida y encontrada de Exeter House, y este que tengo. Y éste. Es decir, cuatro. Pruébeselo.

Farragut metió los brazos en las mangas y se acomodó la prenda sobre los hombros. –Perfecto, perfecto –exclamó el desconocido–. Le cae perfecto. Sabe, con este impermeable tiene un aspecto maravilloso. Cualquiera diría que acaba de depositar un millón de dólares en el banco, y que ahora sale del Banco, con paso muy lento, sabe, como si pensara encontrarse con una hembra en un restaurante muy caro, para pagarle el almuerzo. Le sienta perfecto.

–Muchas gracias –dijo Farragut. Se puso de pie y estrechó la mano del desconocido. –Desciendo en la próxima parada.

–Bueno, está bien –dijo el desconocido–. Tiene mi número telefónico. Estoy de diez a cuatro, quizá un poco después. No salgo a almorzar, pero no me llame a lo de mi hermana.

Farragut caminó hacia el frente del ómnibus, y bajó en la parada siguiente. Cuando descendió del ómnibus a la calle, advirtió que se había disipado su temor de caer, y todos los restantes temores de esta clase. Alzó la cabeza, enderezó el cuerpo, y caminó desenvuelto. Regocijémonos, pensó, regocijémonos.

De *Falconer* (Emecé). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com







cortó los dedos, los pantalones y el muslo. Se palmeó el muslo, y sintió la humedad de la sangre, pero parecía que eso le había ocurrido a otra persona. Con la hoja húmeda entre los dedos, continuó cortando las paredes de su encierro. Una vez liberadas las rodillas, las levantó, retiró la cabeza y los hombros del cabezal de la mortaja, y salió de su tumba. Las nubes ocultaban la luz de la luna. Vio a dos hombres en las ventanas de una torre de vigilancia. Uno de ellos bebía de una lata. Cerca del lugar donde lo habían depositado se alzaba una pila de piedras, y tratando de determinar cuál sería su peso en piedras comenzó a llenar con ellas la mortaja, de modo que los hombres arrojaran piedras al fuego. Se limitó a salir caminando por el portón, y se encontró en una calle estrecha, en la cual la mayoría de los habitantes sin duda era gente pobre, y la mayoría de las casas estaba a oscuras.

Adelantaba primero un pie y después el otro. Así era el asunto. Las calles estaban muy iluminadas, porque era ese período de nuestra historia en que uno podía leer letra pequeña de un libro de rezos en cualquiera de las calles habitadas por los pobres. Esta luz escrupulosa estaba destinada a eliminar a los violadores, los asaltantes y los hombres dispuestos a estrangular a ancianas de ochenta y dos años. La luz intensa y la sombra oscura que él formaba no lo alarmaron, y tampoco lo alarmó la posibilidad de que lo persiguieran y capturasen, pero lo que en efecto lo intimidó fue la posibilidad de que un movimiento histérico de su propio cerebro le paralizara las piernas. Adelantaba primero un pie y después el otro. Tenía el pie mojado de sangre, pero no le importaba. Admiró la uniforme oscuridad de las casas. No había luces encendidas –no estaban las luces de la enfermedad, la inquietud o el amor– ni siquiera esas luces tenues encendidas por los niños o por su comprensible temor a la oscuridad. Entonces, oyó un piano. A esa hora de la noche no podía haber sido un niño, pero los dedos parecían duros y torpes, y así supuso que era una persona anciana. La música parecía la pieza de un principiante –un sencillo minueto o una canción fúnebre anotados en un pedazo sucio y manoseado de papel pentagramado– pero el ejecutante era alguien que podía leer música en la oscuridad, porque la casa de donde venía la música estaba a oscuras.

Las paredes de los edificios cedieron el sitio a dos lotes vacíos, donde se habían demolido las casas, y el terreno se utilizaba como basural, a pesar de los carteles que decían NO ARROJAR BASURAS Y EN VENTA. Vio un lavarropas de tres patas, y la cáscara vacía de un automóvil. Su reacción frente a esta imagen fue profunda e intuitiva, como si el montón de desechos hubiera sido un recordatorio de su país espectral. Inhaló profundamente el aire del basural, pese a que no era más que la acritud de un fuego extinguido. Si hubiese alzado la cabeza, habría visto el movimiento veloz y confuso de las nubes que pasaban rápidamente cubriendo la faz de una luna casi llena, con una agitación tan caótica y nerviosa que podrían haberle recordado, en su estado de ánimo, no un conjunto de hordas en fuga, sino tropeles y grupos que se adelantan, un ejército más veloz que belicoso, un regimiento retrasado. Pero nada vio de lo que ocurría en el cielo, porque el temor de caer mantenía sus ojos fijos en el pavimento, y en todo caso allá arriba no podía verse nada que fuese útil.

Luego, a cierta distancia al frente y a la derecha, vio un rectángulo de luz blanca y pura, y comprendió que tenía la fuerza necesaria para llegar allí, pese a que ahora la sangre en su botín hacía ruido. Era un lavadero automático. Tres hombres y dos mujeres de diferentes edades y colores esperaban su turno. Las portezuelas de la mayoría de las máquinas estaban abiertas, como la puerta de un horno. Enfrente, los ojos de buey de los secarropas, y en dos de estas máquinas pudo ver ropas que se movían y caían, caían siempre según parecía caían descuidadamente, como caen las almas o los ángeles si es que la caída de éstos ha sido alguna vez descuidada. Permaneció de pie frente a la vidriera, el convicto fugado y ensangrentado, mirando a los desconocidos que esperan el lavado de sus ropas. Una de las mujeres advirtió su presencia y se acercó a la vidriera para verlo mejor, pero él comprobó complacido que su apariencia no la alarmaba, y cuando ella se aseguró de que él no era un amigo, se volvió para regresar a su máquina. En una esquina distante, bajo un farol callejero, vio a otro hombre. Podía ser un agente del Departamento Correccional, o si su suerte llegaba a ese extremo podía tratarse de un agente del cielo. A cierta altura sobre la cabeza del desconocido un anuncio que decía: PARADA DE ÓMNIBUS. PROHIBIDO ESTACIONAR. El desconocido olía a whisky, y a sus pies tenía una maleta, y sobre éstas, ropas con sus perchas, un calefactor eléctrico con un plato dorado que tenía la forma del sol, y un yelmo celeste de motociclista. Era un individuo absolutamente sin importancia, comenzando por los cabellos lacios, el rostro irregular, el cuerpo enjuto y desproporcionado, y el aliento alcohólico. –Hola –dijo–. Aquí tiene frente a usted a un hombre desalojado. Esto no es todo lo que poseo en el mundo. Estoy haciendo mi tercer viaje. Me mudo a casa de mi hermana hasta que pueda encontrar otro lugar. A esta hora de la noche es imposible obtener nada. No me echaron porque no haya pagado el alquiler. Tengo dinero. No necesito preocuparme del dinero. Tengo dinero, y mucho. Me expulsaron por mi condición de ser humano, ésa es la razón. Hago ruidos como cualquier ser humano. Cierro puertas. A veces toso en la noche, y de tanto en tanto viene un amigo, a veces canto, a veces silbo, a veces practico yoga, y como soy humano y hago un poco de ruido, un ruidito humano subiendo y bajando la escalera, me echan. Amenazo la paz.

–Eso es terrible –dijo Farragut.

–Ha dado en el clavo –dijo el desconocido–, ha dado exactamente en el clavo. La dueña de mi casa es una de esas viudas, viejas y malolientes, son viudas, aunque tengan un marido que bebe cerveza en la cocina, una de esas viudas viejas y malolientes que no pueden soportar la vida, no importa cuál sea su forma, su estilo o su aroma. Me expulsa porque soy un hombre lleno de vida y salud. Esto no es todo lo que poseo, qué esperanza. Llevé mi televisor en el primer viaje. Tengo una verdadera belleza. Lo compré hace cuatro años, televisión en colores, pero la vez que apareció un poco de blanco y pedí los servicios del técnico, él me dijo que nunca, nunca cambie ese televisor por otro nuevo. Dijo que ya no los hacían más de tanta calidad. Eliminó el blanco y me cobró solamente dos dólares. Dijo que era un placer trabajar en un artefacto como el mío. Ahora, lo tengo en casa de mi hermana. Cristo, odio a mi hermana y ella me odia con todo su corazón, pero pasaré allí la noche y mañana encontraré un buen lugar. Hay algunos sitios excelentes en el barrio Sur, casas con vista al río. Si encontrara algo bueno, ¿no querría compartirlo conmigo?

–Tal vez –dijo Farragut.

–Bueno, aquí tiene mi tarjeta. Llámeme, si le parece. Me gusta su cara. Adivino que usted tiene un notable sentido del humor. Estoy de diez a cuatro. A veces llego un poco más tarde, pero no salgo a almorzar. No me llame a lo de mi hermana. Me odia con todo su corazón. Aquí está nuestro ómnibus.

El ómnibus iluminado intensamente transportaba el mismo tipo y número de personas –por lo que él sabía, las mismas personas– que él había visto en la lavandería. Farragut levantó el calefactor y el casco de motociclista y el desconocido se adelantó con la maleta y las ropas. –Lo invito –dijo por encima del hombro, y pagó el billete de Farragut. Ocupó el tercer asiento de la izquierda, al lado de la ventana, y dijo a Farragut: –Tome asiento, siéntese aquí –Farragut aceptó–. En el mundo hay toda clase de gente, ¿verdad? –continuó diciendo–. Imagínese, dijo que yo era una persona desordenada sólo porque canto y silbo y de noche hago un poco de ruido cuando subo y bajo la escalera. Imagínese. Eh, está lloviendo –exclamó, y señaló las rayas blancas en la ventana–. Eh, está lloviendo, y usted no tiene impermeable. Pero aquí yo tengo uno, tengo este impermeable y creo que le vendrá bien. Espere un momento. –De entre las ropas extrajo un impermeable–. Vamos, pruébeselo.

–Usted lo necesita –fijo Farragut.

–No, no, pruébeselo. Tengo tres impermeables. Estoy yendo de un lado para el otro, no pierdo cosas, las acumulo, y ya tengo un impermeable encasa de mi hermana, y otro en la habitación perdida y encontrada de Exeter House, y este que tengo. Y éste. Es decir, cuatro. Pruébeselo.

Farragut metió los brazos en las mangas y se acomodó la prenda sobre los hombros. –Perfecto, perfecto –exclamó el desconocido–. Le cae perfecto. Sabe, con este impermeable tiene un aspecto maravilloso. Cualquiera diría que acaba de depositar un millón de dólares en el banco, y que ahora sale del Banco, con paso muy lento, sabe, como si pensara encontrarse con una hembra en un restaurante muy caro, para pagarle el almuerzo. Le sienta perfecto.

–Muchas gracias –dijo Farragut. Se puso de pie y estrechó la mano del desconocido. –Desciendo en la próxima parada.

–Bueno, está bien –dijo el desconocido–. Tiene mi número telefónico. Estoy de diez a cuatro, quizá un poco después. No salgo a almorzar, pero no me llame a lo de mi hermana.

Farragut caminó hacia el frente del ómnibus, y bajó en la parada siguiente. Cuando descendió del ómnibus a la calle, advirtió que se había disipado su temor de caer, y todos los restantes temores de esta clase. Alzó la cabeza, enderezó el cuerpo, y caminó desenvuelto. Regocijémonos, pensó, regocijémonos.

De *Falconer* (Emecé). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

## apio verde tu yu

*Son cinco tesoros para sus padres, de manera que el cumpleaños de cada uno de estos niños es algo para celebrar en serio. Deduzca a qué nene le corresponde cada estilo de animación.*

1. En el esquema encontrará cuatro números 1, cuatro números 2 y cuatro números 3. Tenga en cuenta que:
Entre las cuatro casillas con un 1, una y sólo una lleva un acierto.
Entre las cuatro casillas con un 2, dos y sólo dos llevan un acierto.
Entre las cuatro casillas con un 3, tres y sólo tres llevan un acierto.
2. Matías tiene 4 años y en su fiesta no hubo magos.
3. En "Abuela Margarita" festejaron el cumple de Nahuel.
4. El titiritero no trabaja en "El Duende".
5. "Ola Azul" agasajó a Ezequiel.
6. La fiesta animada con baile no es del que tiene 6 años.

HAPPY BIRTHDAY

| | | Niño: Damián | Ezequiel | Matías | Nahuel | Pablo | Animación: Baile | Mago | Payaso | Pelotero | Titiritero | Edad: 4 años | 5 años | 6 años | 7 años | 8 años |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Salón | "Abuela Margarita" | | | | | | 1 | | | | | 1 | | | | |
| | "Casa Encantada" | | | | | | | | | | | | | | | |
| | "El Duende" | | | | | | | | | | | | 3 | | | |
| | "Juegolandia" | | | | | | | | | 3 | | | | | | |
| | "Ola Azul" | | | | | | | | | | | | | | | |
| Edad | 4 años | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 5 años | | | | | | 2 | | 2 | | 2 | | | | | |
| | 6 años | | | | | | | | | | | | | | | |
| | 7 años | | | | | | | 1 | | | | | | | | |
| | 8 años | | | | | | | | | | | | | | | |
| Animación | Baile | | | | 1 | | | | | | | | | | | |
| | Mago | | | 3 | | | | | | | | | | | | |
| | Payaso | | | | | 2 | | | | | | | | | | |
| | Pelotero | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Titiritero | 3 | | | | | | | | | | | | | | |

S.O.S.

| Salón | Niño | Animación | Edad |
|---|---|---|---|
| ................ | ................ | ................ | ................ |
| ................ | ................ | ................ | ................ |
| ................ | ................ | ................ | ................ |
| ................ | ................ | ................ | ................ |
| ................ | ................ | ................ | ................ |

## cruci - clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

EXIGIR CON AUTORIDAD — SONREÍR — PONGA EN MOVIMIENTO UN MECANISMO — GRUPO DE ROCK ESTADOUNIDENSE — REFUGIO, PROTECCIÓN — TORTA AMERICANA DE MAÍZ — ESTADO DE ASIA CUYA CAPITAL ES BAGDAD — DESLUCIR POR MALTRATO — TERCAS, IGNORANTES — FIGURA MITOLÓGICA DEL AMOR — SE DESPLAZARÁ POR EL AGUA — MOVIMIENTOS CONVULSIVOS — LEVANTEN LA BANDERA — LENTE DE AUMENTO — PARTE DEL OJO — CHOCAD — PARTE INFERIOR DE UNA PUERTA — DENUNCIAR — AGUARDIENTE DE UVA FRANCÉS MUY ESTIMADO — ASIENTO DE CEREMONIA — PARTE DE UN VEHÍCULO — HACER MAL DE OJO — (... HOMO) CRISTO — TODO LO QUE ES O EXISTE — UNIDAD AGRARIA INGLESA — SEÑALO LA TARA DE UNA MERCANCÍA — HIJO DE ADÁN Y EVA — CETÁCEO MUY VORAZ — ORGANISMO COMERCIAL INTERNACIONAL — ALARDE, PRESUNCIÓN — LABRAR LA TIERRA — MEZCLA METALES — DESCONFIANZA

## crucigrama

### HORIZONTALES

1. Arbol cuyo fruto es la pera./ Emitir su voz el carnero.
2. Garantizado.
3. Diosa de la agricultura./ Hagan sisas en las prendas de vestir.
4. Palabra que indica en cuántas partes se dividió una unidad./ Se aplica al animal cuya hembra pone huevos.
5. Expresión de alegría./ Acosamientos.
6. En Argentina, salsa para aderezar pastas (pl.).
7. Caravana para una cacería en la selva./ Marca de coche.
8. Plegaria./ Uno, en inglés.
9. Otorgan una beca./ (James) Pintor belga.
10. Mujer que monta a caballo.
11. Arbusto rosáceo./ Privado del sentido del oído.

### VERTICALES

1. Faltar a la ley de Dios./ Tocar, manosear.
2. Eludiré.
3. Extraños./ Armas blancas.
4. Pájaro./ Región desértica de Chile, donde hay importantes yacimientos de salitre.
5. Desfallecido, cansado./ Urinario.
6. Desocupado.
7. En química, que tiene las características de las bases./ Nuevos.
8. Graso./ Nor-noroeste.
9. Piedras llanas y finas./ Servir de modelo a pintores o fotógrafos.
10. Que produce excitación sexual.
11. Mamíferos rumiantes de las regiones boreales./ Pesado y torpe.

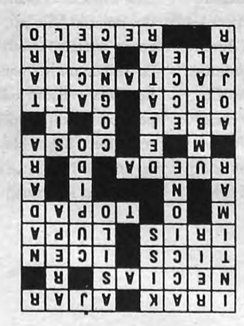
AYUDAS: CERES, ENSOR

## soluciones

### apio verde tu yu

"Abuela Margarita", Nahuel, mago, 7 años.
"Casa Encantada", Damián, titiritero, 6 años.
"El Duende", Pablo, payaso, 5 años.
"Juegolandia", Matías, pelotero, 4 años.
"Ola Azul", Ezequiel, baile, 8 años.

### cruci - clip



### crucigrama

